

Tu Sanidad Está En Tu Boca



John Koehler

“Tu Sanidad está en tu Boca”

¿Sabía que sus palabras pueden sanarlo? Muchos cristianos no entienden el poder de la lengua.

“La muerte y la vida están en poder de la lengua; y el que la ama comerá de sus frutos” (Proverbios 18:21).

Tus palabras pueden traer vida y salud a tu cuerpo y a cada área de tu vida. O también, sus palabras pueden traer enfermedad y destrucción. Cuando no entendemos el poder de la lengua, ¡nuestras palabras pueden convertirse en nuestro peor enemigo! Las palabras son contenedores, llevan fe, o miedo. Las palabras son semillas, y producen según su propia especie.

Este versículo de la biblia nos dice que vamos a comer el fruto de lo que decimos. Estás viviendo hoy lo que dijiste ayer. Si no te gusta lo que estás viviendo, entonces debes aprender a cambiar lo que estás diciendo. Nuestras palabras tienen poder creador, para bien o para mal.

Dios dijo respecto al hombre en Génesis 1:26: *“Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y ejerza dominio....”*

Dios creó al hombre para ser como Dios, para que el hombre pudiera gobernar y reinar con Dios en la tierra. Dios le ha dado al hombre autoridad para ejercer en la tierra para establecer el Reino de Dios. Se nos ha dado poder creativo para crear de la misma manera que Dios crea. Sus palabras pueden crear un nuevo mundo para usted y su familia.

En Génesis 1:2-3, leemos el relato de cómo Dios creó el mundo.

“Y la tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas. Entonces dijo Dios: Sea la luz. Y hubo luz”.

Dios DIJO: “¡Sea la luz!”, entonces la luz apareció sobre la tierra. ¡El dicho viene antes que el ver! Dios creó la luz diciendo “Luz”. ¡Estamos hechos a la imagen de Dios para ser como Dios y para crear con Dios con palabras de fe!

Antes de que Dios hablara, descubrimos en Génesis 1:2 que el mundo estaba en un caos. En el versículo 2 en hebreo, el mundo estaba vacío, un desierto, un lugar de caos, sin valor, en ruinas. “La ignorancia, la miseria, el dolor, las tinieblas y la destrucción” cubrían la faz de la tierra. ¡Muchas vidas hoy están en la misma terrible condición!

Pero luego la Biblia dice que “El Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas”.

La palabra “moverse” en hebreo significa: “incubar” o “empollar”. De la misma manera que las gallinas se sientan sobre sus huevos para mantener la temperatura adecuada antes de nacer, Dios medita lo que va a crear antes de hablar. Cuando el Espíritu Santo se movió sobre la tierra, Dios estaba creando un plano espiritual en Su corazón de lo que iba a traer a la existencia al hablar.

No estaba mirando un mundo vacío lleno de miseria y destrucción. Dios estaba visualizando un planeta lleno de hermosas flores, plantas, árboles frutales, montañas cubiertas de nieve, valles verdes, ríos, lagos, océanos llenos de peces, tierras habitadas por toda clase de animales y aves, todo para el disfrute y uso del hombre.

Después de que Dios meditó en el hermoso mundo que quería crear, HABLÓ para que existiera. ¡Dios nunca hace nada sin decirlo primero! Dios es un Dios de fe. Dios liberó Su fe en palabras.

Debido a que estamos hechos a la imagen de Dios, podemos recrear un mundo nuevo. Dios nos ha dado la autoridad para llenar nuestras vidas de salud, bendición y victoria. Pero nuestro pensamiento y nuestro hablar deben estar en línea con la Palabra de Dios. Lo que medita y dice es poder creativo para bien o para mal.

Dios le dijo a Josué que, para tener éxito como líder de Israel, Josué tenía que meditar la Palabra de Dios y hablar la Palabra de Dios dos veces al día. ¡Dios da Su Palabra para saberla, creerla y DECIRLA!

“Este libro de la ley no se apartará de tu boca, sino que meditarás en él día y noche, para que cuides de hacer todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino y tendrás éxito (Josué 1:8).

La palabra meditar significa “reflexionar o rumiar”. Por ejemplo, las vacas comen pasto o heno, pero luego regurgitan lo que han tragado para volver a masticar el mismo pasto o heno y liberar todos los nutrientes. ¡Para liberar el poder de Dios, los humanos deben meditar o reflexionar la Palabra de Dios!

Por ejemplo, si necesitamos sanidad, debemos seguir leyendo y confesando las escrituras de sanidad hasta que se conviertan en lo que vemos, pensamos y decimos. Cuando las escrituras de sanidad llenan nuestra mente, cualquier mal pensamiento de enfermedad que el enemigo intente sembrar en nuestra

mente es derribado.

Jesús dijo en Mateo 12:34: *“De la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno de su buen tesoro saca cosas buenas; y el hombre malo de su mal tesoro saca cosas malas.”*

Tristemente, muchos cristianos meditan en un mundo oscuro y enfermo. Se ven enfermos. Se ven a sí mismos sufriendo. Le dicen a los demás lo mal que se sienten. Viven en un mundo oscuro de negatividad porque han llenado sus mentes y corazones con pensamientos negativos que crean una imagen negativa en el corazón. ¡Siguen pensando en el informe negativo del médico en lugar del buen informe de Dios! Siguen pensando en sus síntomas dolorosos en lugar de declarar la Palabra de Dios en medio de un mal informe y síntomas desagradables. Como resultado, en lugar de mejorar, empeoran.

Podemos ver este ciclo terrible en la vida de una mujer que había sufrido un trastorno hemorrágico durante 12 largos años.

“Y una mujer que había tenido flujo de sangre por doce años, y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía sin provecho alguno, sino que, al contrario, había empeorado” (Marcos 5:25-26).

Después de sufrir anemia y otros síntomas durante 12 años, después de experimentar el fracaso de sus médicos y después de perder todo su dinero tratando de encontrar una cura, esta pobre mujer no tenía esperanza. Su vida era “un mundo oscuro, negativo y “empeorando”. Tenía una identidad de “empeoramiento” en su mente y corazón.

Pero, *“cuando oyó hablar de Jesús, se llegó a Él por detrás entre la multitud y tocó su manto. Porque decía: Si tan sólo toco sus ropas, sanaré”* (Marcos 5:27-28).

En medio de su sufrimiento, un amigo o familiar llegó a su casa y le habló de Jesús que sanaba a los enfermos. ¡La esperanza brotó en su corazón! Tal vez había una respuesta. Tal vez podría ser liberada de su terrible aflicción. ¡Pero, ella tenía que llegar a Jesús!

Así que salió de su casa en su estado de debilidad, y SIGUIÓ DICIENDO, y diciendo, y diciendo a lo largo de su camino hacia Jesús: “¡Si tan solo toco sus ropas, sanaré!”. En el momento en que la mujer tocó las ropas de Jesús, el poder sanador de Dios salió de Jesús al cuerpo de la mujer y ella fue sanada instantáneamente. La liberación del poder sanador de Dios fue tan dramática

que Jesús sintió que el poder de Dios salía de Su cuerpo.

“Al instante la fuente de su sangre se secó, y sintió en su cuerpo que estaba curada de su aflicción. Y enseguida Jesús, dándose cuenta de que había salido poder de Él, volviéndose entre la gente, dijo: ¿Quién ha tocado mi ropa?”

Cuando Jesús preguntó quién había tocado Su ropa, la mujer se postró ante Jesús y le dijo que ella era la que había sido sanada.

“Jesús le dijo: Hija, TU FE TE HA SANADO; vete en paz y queda sana de tu aflicción” (Marcos 5:29-34. La mujer no fue sanada por la fe de Jesús. La mujer fue sanada a través de su PROPIA fe. ¡La mujer recibió exactamente lo que creía y DECIA!

¿Cómo llegó su fe? Ella escuchó de Jesús. Ella fue a Jesús en fe. Ella seguía viéndose bien. ¡Y ELLA SEGUÍA DICIENDO EL BUEN INFORME!

En Marcos capítulo 4:14, Jesús dijo: *“El sembrador siembra la palabra”*.

Jesús después explica en los versículos del 26-29: *“El reino de Dios es como un hombre que echa semilla en la tierra, y se acuesta y se levanta, de noche y de día, y la semilla brota y crece; ¿cómo?, él no lo sabe. La tierra produce fruto por sí misma; primero la hoja, luego la espiga, y después el grano maduro en la espiga. Y cuando el fruto lo permite, él enseguida mete la hoz, porque ha llegado el tiempo de la siega” (Marcos 4:26-29).*

El Reino de Dios no es difícil de entender. Producir un milagro no es difícil cuando entendemos cómo opera el Reino de Dios. Es tan fácil como plantar un jardín. Necesitamos tierra, semillas, agua y luz solar. Nuestro espíritu es la tierra sobre la que cae la semilla de la Palabra de Dios.

Las semillas son escrituras que se plantan en la tierra. Es una ley física y espiritual que las semillas produzcan según su propia especie. Por ejemplo, si sembramos semilla de sandía, se producen sandías. Si sembramos granos de maíz, se produce maíz.

De la misma manera, si sembramos escrituras que se refieran a la sanidad divina, cosecharemos sanidad en nuestro cuerpo. Nuestra boca es el agente que Dios nos ha dado para sembrar las semillas de la Palabra de Dios en nuestros corazones.

Romanos 10:17 dice, *“Así que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo”*. La fe viene cuando escuchamos escrituras de sanidad divina. La fe

viene cuando NOS ESCUCHAMOS HABLAR la Palabra de Dios para sanidad.

Pero, debemos darnos cuenta que hay un diablo que viene a hurtar, matar y destruir según Juan 10:10-11. Satanás viene a robar nuestra salud con la enfermedad. Viene a robar nuestras finanzas. ¿Cómo roba? Satanás roba la Palabra de Dios de nuestros corazones y BOCAS.

No son las tormentas de la vida las que nos derrotan. No son los gigantes los que nos derrotan. Ni siquiera es el diablo quien nos vence porque Jesús venció al Maligno por nosotros. ¡¡Son nuestras palabras las que nos derrotan!! Su sanidad no está en las manos de Dios. ¡Su sanidad está en las palabras de tu boca!

“¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, EN TU BOCA Y EN TU CORAZON, es decir, la palabra de fe que predicamos:

si confiesas con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación” (Rom 10:8-10).

Esta escritura explica cómo podemos llegar a ser cristianos. Primero debemos escuchar la Palabra de Dios que se refiere a la salvación. Por ejemplo, dice en Romanos 10:13: *“Todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo.”* Entonces, si una persona quiere que Jesús sea el Señor de su vida, tiene que DECIRLO. Dirían una oración algo como así:

“Hago a Jesús el Señor de mi vida en este momento. Le doy a Jesús mi vida y viviré para obedecer a mi Señor Jesús. Gracias, Señor, por perdonar mi pecado y por hacerme hijo de Dios”.

En ese momento, de un acto de fe en nuestro corazón y una declaración de nuestra boca, nos convertimos en un espíritu nuevo, un espíritu bebé, que tiene la naturaleza misma de Dios. La salvación espiritual viene como resultado de la confesión.

La palabra “confesar” es una palabra compuesta que significa: “decir lo mismo que otro”, o “decir lo mismo que la Palabra de Dios”.

La palabra “salvación” en griego significa: “Rescate, liberación, seguridad, preservación del peligro o destrucción, y salud”. ¡La Palabra de Dios en nuestro corazón y EN NUESTRA BOCA producirá liberación, seguridad y salud en CADA área de nuestra vida, no solo en la experiencia de "nacer de nuevo", o nuevo nacimiento!

La confesión viene ANTES de la salvación, liberación o sanidad, no después de que se manifieste la liberación o sanidad. Nuestra confesión trae el mundo invisible al mundo tangible.

Durante 25 años antes de mudarnos a México en 2018, me reunía semanalmente con un grupo de pastores en nuestra ciudad para estudiar la Palabra de Dios y orar juntos. Un día, cuando empezábamos a orar, un amigo cercano nos pidió que oráramos por su hijo adolescente, Austin.

Austin era propietario de una réplica de un rifle de avancarga en el cual se usa pólvora negra como carga explosiva para disparar una bala. ¡Austin estaba sentado en una mesa en su porche trasero con su rifle cuando una pila de polvo negro en la mesa explotó en su cara!

Mi amigo y su esposa llevaron a su hijo a un centro especial para quemaduras para que lo examinaran, donde le dijeron que sus quemaduras eran graves y que tendría cicatrices y daños en los nervios de la cara. También le dijeron que no podía tener demasiado calor y sudar porque eso causaría problemas con el proceso de sanidad. Austin jugaba fútbol americano en la preparatoria. Pero los médicos le dijeron que no podía jugar fútbol y usar un casco porque le provocaría transpirar y podría dañarle la cara.

Después de que mi amigo Greg me explicó la situación de Austin, le dije a Greg que quería hablar con él después de nuestra reunión de oración pastoral. En nuestra conversación privada, le expliqué el poder de la lengua y que su hijo adolescente Austin tenía autoridad sobre el daño por quemaduras y el daño a los nervios en el nombre de Jesús. Le expliqué a Greg que debido a que Austin era un adolescente, Austin tenía que usar su propia fe. ¡Le expliqué que necesitaba enseñarle a Austin cómo hablarle a su cara con fe! Le recomendé varios versículos que Austin podía declarar por fe, como 1 Pedro 2:24.

“Y El mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz, a fin de que muramos al pecado y vivamos a la justicia, porque por sus heridas fuisteis sanados.”

Greg fue a su casa y le enseñó a Austin cómo usar este versículo para declarar su sanidad.

Empezó a decir:

“La Palabra de Dios dice que con Sus llagas fui sanado. ¡si fui sanado, soy sano ahora! Tengo autoridad sobre la enfermedad en el nombre de Jesús.

Tengo autoridad sobre mi cuerpo. Por lo tanto, declaro que mi piel está perfectamente sana de quemaduras en el nombre de Jesús. Ordeno que mi piel y todos los nervios de mi rostro sean perfectamente restaurados. Declaro que mi piel está libre de cicatrices y que soy perfectamente sano en el nombre de Jesús. ¡Gracias, Señor, ¡por sanarme!” Austin habló de su sanidad día tras día.

Un par de semanas después, nuestro grupo de pastores estaba orando nuevamente y Greg vino a la reunión. Nos dijo: “¡No van a creer lo que le acaba de pasar a Austin!”

Greg acababa de llevar a su hijo Austin a ver a su especialista de quemaduras. Cuando llegaron al consultorio del médico, los llevaron a una sala de tratamiento para esperar al médico. Greg se sentó en una silla y Austin se sentó en la mesa de tratamiento.

Unos minutos más tarde, vieron a un médico afuera de la puerta de su habitación con un portapapeles y el registro de Austin. Este no era el médico original de Austin porque se había ido de vacaciones.

Greg nos dijo que este médico miró hacia la habitación y vio a Austin sentado en la mesa. Luego, miró su portapapeles y luego miró por encima de la puerta para verificar el número de habitación de la sala de tratamiento.

Ella le dijo a Greg: “Estoy buscando a Austin.”

Greg respondió: “Él es Austin.”

Ella dijo: “Eso es imposible. Tengo su registro y tengo fotos de su cara quemada. No hay forma de que pudiera haberse recuperado tan rápido”. ¡El médico no podía creer que la piel de Austin fuera perfecta! ¡Le dieron de alta del médico e inmediatamente volvió a usar un casco y a jugar al fútbol!

Hace muchos años, mi mentor, Kenneth Hagin, recibió una gran revelación del Espíritu Santo sobre el poder de la lengua. Él era un orador invitado en una iglesia donde celebraba reuniones de fe y sanidad. Un día estaba orando en el auditorio de la iglesia para el servicio vespertino de sanidad. Después de una temporada de oración, el hermano Hagin estaba acostado en el banco del altar en el auditorio de la iglesia sin pensar en nada en particular.

De repente, el Espíritu Santo le trajo a la mente Marcos 11:23. *“Porque de cierto os digo que cualquiera que **dijere** a este monte: Quítate, y échate en la mar, y no dudare en su corazón, más creyere que será hecho lo que **dice**, lo que **dijere** le será hecho.”*

Cuando comenzó a pensar en este versículo, escuchó la voz del Espíritu Santo decir: “¿Notaste que la palabra “decir” se usó tres veces y la palabra “creer” solo se usó una vez?”

El hermano Hagin se incorporó al instante y dijo con sorpresa: “¡No, no me había dado cuenta de eso!”. Luego, el Señor le dijo a Kenneth Hagin que los cristianos generalmente no tenían problemas con sus creencias. El Señor le dijo que el mayor problema que tienen los cristianos es el DECIR de su fe. Por lo tanto, el Señor le dijo al Hno. Hagin que necesitaba enseñar sobre la confesión y el poder de la lengua tres veces más que la parte del creer.

Una de las razones por las que los cristianos oran con resultados limitados es que siguen pidiéndole a Dios que mueva su montaña, ya sea por una enfermedad, una adicción, un problema financiero o algún otro obstáculo en su vida. Jesús les dijo a sus discípulos en Marcos 11:23 que tenían que mover su propia montaña! Las montañas se mueven cuando hablamos la Palabra de Dios, no cuando le pedimos a Dios que elimine el problema.

Un día, Jesús subió a una montaña para orar con Pedro, Santiago y Juan. Mientras tanto, el resto de los discípulos estaban en el valle atendiendo a los enfermos. Un padre se acercó a los discípulos para pedirles que liberaran a su hijo de algún tipo de epilepsia. Los discípulos no pudieron liberar al niño.

Cuando Jesús descendió de la montaña de su tiempo de oración, descubrió lo que había sucedido. Reprendió al diablo que oprimía al niño y luego explicó a sus discípulos por qué habían fallado.

Jesús les dijo: "Por la poca fe de ustedes; porque en verdad les digo que, si tienen fe como un grano de mostaza, dirán a este monte: 'Pásate de aquí allá,' y se pasará; y nada les será imposible" (Mateo 17:20).

Jesús les explicó a los discípulos que su principal problema era que no tenían fe en sus palabras. Cuando intentaron expulsar al demonio que oprimía al niño, no se fue de inmediato. En lugar de mantenerse firmes en la fe, comenzaron a pensar: “no está funcionando”.

Recuerde lo que dijo Jesús en Marcos 11:23. Tiene que creer que las cosas que dice sucederán. ¡Tiene que creer que si lo dice, lo verá! Satanás no puede resistir la Palabra hablada de Dios.

Así que, en Mateo 17:20, Jesús explicó a sus discípulos que los montes, los obstáculos y los ataques del diablo se moverán si sembráis semillas de fe con

la palabra. Jesús usó el término “semilla de mostaza” porque son extremadamente pequeñas en tamaño, pero producen árboles grandes si se plantan. Las palabras nos parecen pequeñas e insignificantes cuando no entendemos el poder de la lengua. Pero, si entendemos el poder de las palabras, ¡podemos lograr tremendos resultados! ¡Podemos cosechar una gran cosecha de sanidad si entendemos el poder de la lengua!

Jesús también usó la imagen de las semillas de mostaza para explicar cómo funciona la fe. Cuando sembramos semillas en un jardín, nada se ve inmediatamente. Pero entendemos que las semillas tardan en germinar debajo de la superficie del suelo. Sabemos que las semillas eventualmente brotarán y producirán una cosecha. Cuando aprendemos a dominar la lengua y hablar la Palabra de Dios, estamos plantando las semillas para nuestra sanidad que se manifestará más adelante.

“Si alguno no tropieza en lo que dice, es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo. Ahora bien, si ponemos el freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, dirigimos también todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque son tan grandes e impulsadas por fuertes vientos, son, sin embargo, dirigidas mediante un timón muy pequeño por donde la voluntad del piloto quiere” (Santiago 3:2-4).

De estos versículos aprendemos que la lengua es como el freno en la boca de un caballo y como el timón de un barco. En estos dos ejemplos, descubrimos las características de la lengua. En primer lugar, un freno en la boca de un caballo es muy pequeño y pesa solo unas pocas onzas o gramos. El tamaño del timón de un barco es muy pequeño en comparación con la masa del barco. Sin embargo, el freno y el timón determinan el destino del caballo o del barco.

De la misma manera, cuando no entendemos el poder de la lengua, pensamos que lo que decimos no importa. Nuestras palabras nos parecen tener poco poder para cambiar algo. Es por eso que muchos cristianos no caminan en victoria.

En segundo lugar, el jinete del caballo y el piloto de la nave deben presionar continuamente el freno o timón si quieren llegar a su destino. Si el freno o el timón se dejan desatendidos, el caballo o el bote no irá a donde quieren que vaya.

Dice en Hebreos 10:23: *“Mantengamos firme la profesión de nuestra esperanza sin vacilar, porque fiel es Aquél que prometió.”*

Cuando estamos en una batalla de fe, debemos aferrarnos a la profesión de nuestra fe, ¡no a nuestras dudas! Con demasiada frecuencia, los cristianos oran el problema con gran detalle explicando a Dios lo que Él ya sabe. Cuanto más oramos y decimos el problema, más grande se vuelve el problema en nuestra mente, y más se disipa esa fe. Estamos impidiendo que la respuesta de Dios se manifieste en nuestras vidas. ¡Debemos aprender a disciplinar la lengua y orar la respuesta!

Santiago 3:5-6 dice: *Así también la lengua es un miembro pequeño, y sin embargo, se jacta de grandes cosas. Mirad, ¡qué gran bosque se incendia con tan pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, la cual contamina todo el cuerpo, es encendida por el infierno e inflama el curso de nuestra vida.*”

Tu lengua puede soltar bendición. O, tus palabras pueden traer muerte y destrucción a tu vida.

Por ejemplo, imaginemos que está de vacaciones con su familia y que conduce por un parque nacional que ha tenido una sequía severa durante 3 años. Imaginemos también que fuma cigarrillos. Después de terminar su cigarrillo, baja la ventana y tira la colilla por la ventana y continúa su viaje a través del bosque del parque.

Justo antes de salir del parque, escucha las sirenas de los vehículos de emergencia. De repente, muchos camiones de bomberos aparecen a distancia y pasan corriendo junto a su automóvil. Cuando mira hacia atrás, ve enormes llamas y grandes columnas de humo negro que se elevan desde donde había estado hace una hora. Luego se vuelve hacia su esposa y le dice: “Mira, cariño. ¡¡Hay un incendio forestal en el parque!! ¡Me pregunto cómo comenzó el fuego!”

De la misma manera, comenzamos un fuego de destrucción en nuestras vidas con unas pocas palabras irreflexivas. Por ejemplo, cuando tenemos síntomas de tos y dolor de garganta, una persona comienza a decir: "Debo estar contagiandome de gripe".

Cuando otra persona tiene síntomas de presión arterial alta, comienza a decir: “Mi abuelo tenía presión arterial alta y murió de un derrame cerebral. Mi papá tiene presión arterial alta y tiene dolores de cabeza por migraña. Entonces, tendré migrañas o puedo morir de un derrame cerebral”. Otro podría decir, “la diabetes viene de familia. Probablemente yo también tendré diabetes”.

En 2006, mi esposa notó que tenía una especie de crecimiento en el pecho. Después de una biopsia, el cirujano le dijo a mi esposa: “Hemos hecho una biopsia del tumor y hemos determinado que es benigno. Pero descubrimos otro tumor justo detrás. Tienes cáncer de mama”.

La biblia dice en Salmos 91:16: “lo saciaré de larga vida, y le haré ver mi salvación.” También dice en Salmos 90:10: “Los días de nuestra vida llegan a setenta años; y en caso de mayor vigor, a ochenta años.”

Dios nos promete un mínimo de 70 años. Podemos continuar viviendo hasta por lo menos los 80 años si permanecemos fuertes en la fe y si mantenemos nuestro amor y comunión con el Señor.

Mi esposa Ellen y yo aprendimos sobre el poder de la lengua cuando asistí al Centro de Entrenamiento Bíblico Rhema en 1976. Inmediatamente comenzamos a declarar con valentía la Palabra de Dios.

Empecé a decir: “Ellen no morirá, sino que vivirá y declarará las obras de Dios (Salmos 118:17). El Señor satisfará con larga vida a Ellen y le mostrará Su salvación. ¡Ellen vivirá hasta los 80 años como mínimo! Dice en 1 Pedro 2:24: con su llaga fuimos nosotros sanados. Si Ellen fue sanada, entonces ahora es sana y declaro que Ellen está libre de cáncer en el nombre de Jesús.”

Continué declarando: “Dice en Filipenses 2:9 que Dios le ha concedido a Jesús el nombre que está sobre todo nombre. Por lo tanto, el nombre de Jesús está sobre todo nombre en autoridad. Entonces, en el nombre de Jesús, ¡maldigo el cáncer! Ordeno que el cáncer muera y se seque en el nombre de Jesús. Declaro a Ellen sana y libre de cáncer en el nombre de Jesús. ¡Ella vivirá y no morirá, y declarará las obras del Señor!”

Ellen y yo nunca permitimos que palabras de miedo, duda y cáncer entraran en nuestro vocabulario porque conocíamos el poder de las palabras negativas y el poder de las palabras llenas de fe. ¡Habíamos aprendido que nuestras palabras tienen autoridad sobre nuestros cuerpos!

Recuerde Santiago 3:2: “*Si alguno no tropieza en lo que dice, es un hombre perfecto, capaz también de refrenar todo el cuerpo.*” Las palabras de fe habladas pueden determinar la salud de su cuerpo. ¡Ellen está viva y bien hoy como resultado de conocer el poder de la lengua y solo hablar la Palabra de Dios con fe!

Jesús declaró que el centurión en Mateo 8:5-10 tuvo mucha fe cuando vino a Jesús buscando la sanidad de su siervo. Cuando Jesús se ofreció a ir a su

casa a sanar al siervo del hombre, el centurión le dijo a Jesús que no era necesario. El centurión dijo: *Señor...solamente di la palabra y mi criado quedará sano.*"

La gran fe dice: (1) "Dí" (2) "La Palabra" (3) "Solamente!" Cuando esté en una batalla de fe, nunca hable de sus dudas porque cuando dice sus dudas, hace nacer sus dudas. Cuando hable de sus miedos, dará a luz a sus miedos. La gran fe sigue declarando la Palabra de Dios... ¡únicamente!

Jesús dijo en Mateo 12:37: *"por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado."* Hay un ejemplo asombroso de ser justificado o condenado por nuestras palabras que se encuentra en Marcos 4:35-40.

Después de un largo día de ministerio, Jesús y sus discípulos subieron a una barca y comenzaron a navegar hacia el otro lado del Mar de Galilea. *"Ese mismo día, caída ya la tarde, Jesús les dijo: Pasemos al otro lado."*

Los discípulos estaban disfrutando de una suave brisa y una hermosa puesta de sol cuando de repente se levantó una gran tormenta. Enormes olas comenzaron a llenar el bote. Los discípulos hicieron todo lo posible para salvar el barco, pero las olas llenaron el barco.

En pánico, fueron a despertar a Jesús que se había quedado dormido en la parte trasera de la barca. Los discípulos DIJERON: *"Maestro, ¿no Te importa que perezcamos?"*

"Jesús se levantó, reprendió al viento y dijo al mar: ¡Cálmate (Calla), sóségate (enmudece)! Y el viento cesó, y sobrevino una gran calma. Entonces les dijo: ¿Por qué están atemorizados? ¿Cómo es que no tienen fe?"

¿Quién fue justificado por sus palabras? ¿Fueron justificados los discípulos? ¡No! Jesús reprendió a los discípulos porque habían dicho: ¡Vamos a perecer! Él les dijo: ¡Ustedes no tienen fe!

¿Por qué los discípulos no tenían fe? ¿Por qué Jesús los reprendió por sus palabras de temor y duda?

La respuesta se encuentra en el versículo 35 cuando Jesús DIJO, *"Pasemos al otro lado."* Jesús no les dijo a sus discípulos: "Hermanos, intentemos cruzar el lago. Espero que podamos lograrlo, pero si viene una tormenta, podemos ahogarnos."

Cuando Jesús dijo: “*Pasemos al otro lado*”, estaba haciendo una declaración de fe. Jesús estaba declarando su destino. ¡Sus palabras no fueron una sugerencia! Las palabras de Jesús no fueron solo una buena idea. Las palabras de Jesús fueron un timón divino que Él puso en movimiento al hablar para llegar a su destino señalado.

Si leemos un poco más, aprendemos que Dios le había ordenado que fuera al otro lado del lago, al país de los gadarenos, para liberar a un hombre que estaba poseído por espíritus malignos. Cuando se levantó la tormenta del diablo para tratar de matar a Jesús y a los discípulos, Jesús le habló a la tormenta. Ordenó a la tormenta que se calmara, y obedeció el mandato de Jesús. Jesús fue justificado por Sus palabras de fe.

Jesús siempre habló del resultado final, no del problema. Jesús nunca confesó el problema presente o una circunstancia negativa. ¡Él habló del resultado deseado! Él habló la Palabra de Dios para derrotar a Satanás.

Cuando se levantó la tormenta y la barca se llenó de agua, ¿qué debieron haber hecho los discípulos?

Los discípulos tenían dos opciones. En primer lugar, cuando se dieron cuenta de que no podían evitar que el barco se hundiera, pudieron haber despertado a Jesús y haber dicho: “Maestro, estamos en medio de una gran tormenta y el barco se está llenando de agua. Pero, DIJISTE que vamos al otro lado. ¡Lo creemos! Sabemos que vamos al otro lado porque dijiste que vamos al otro lado. ¿Quieres que hagamos algo?” Si hubieran creído lo que dijo Jesús, habrían sido elogiados por su fe.

La segunda y aún mejor opción para los discípulos en la tormenta hubiera sido decirse unos a otros: “Jesús nos dijo que vamos al otro lado del lago. No necesitamos despertar a Jesús. Ordenemos a la tormenta del diablo que se detenga en el nombre de Jesús.”

Entonces, le habrían hablado a la tormenta, “Satanás, Jesús dijo que vamos al otro lado del lago. Creemos en sus palabras. Entonces, ordenamos que la tormenta se calme en el nombre de Jesús. ¡VAMOS AL OTRO LADO!” ¡Después de que Jesús despertara, los habría elogiado por tener una gran fe!

Si está en una tormenta, ¿qué está diciendo? La fe dice: “No voy a fallar. no voy a morir. La Palabra de Dios dice: ‘No moriré, sino que viviré, y contaré las obras del SEÑOR’ (Sal 118:17). ¡Iré al otro lado!”

Debemos entender la razón por la que Dios nos da la Palabra de Dios.

Primero, sabemos que según Romanos 10:17 que la fe viene del oír, y el oír, por la palabra de Cristo. Mientras meditamos y hablamos la Palabra de Dios, ¡la fe crece! La fe no viene a través de la oración.

En segundo lugar, ¡Dios nos ha dado Su Palabra para DECIR! ¡La Palabra de Dios está llena de poder! Pero para que la palabra de Dios sea operativa, debemos hablarla. Ninguna Palabra de Dios carece de poder, pero no es operativa hasta que se habla.

Si los discípulos hubieran creído en las palabras de Jesús y le hubieran hablado a la tormenta con fe, la tormenta habría cesado. Entonces, Jesús los habría despertado y elogiado por tener una gran fe. ¡Habrían sido justificados por sus palabras!

Si está en una tormenta financiera, ¿le está diciendo a su esposa o esposo: “No lo vamos a lograr. No tenemos el dinero para pagar nuestras cuentas. No hay forma de que podamos obtener el dinero a tiempo para pagar el alquiler. ¡No sé qué vamos a hacer! ¡Nos vamos a ahogar!”

O, le estás diciendo a tu esposa y a la tormenta: “La Palabra de Dios dice en Filipenses 4:19 que ‘mi Dios proveerá a todas mis necesidades, conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús.’ Por lo tanto, declaro que todas nuestras necesidades son satisfechas en el nombre de Jesús. En Mateo 16:19, se nos han dado las llaves del Reino de atar y desatar. Entonces, en el nombre de Jesús, ato la falta, y en el nombre de Jesús desato el dinero que necesitamos para pagar nuestras cuentas. Por fe tenemos el dinero, y por fe declaramos que nuestras cuentas están pagadas. ¡En el nombre de Jesús, vamos al otro lado!”

Hace muchos años, un maravilloso maestro sobre la fe y la curación, Charles Capps, estaba estudiando sobre el poder de las palabras. De repente escuchó la voz del Señor decir: “Le he dicho a mi pueblo que pueden tener lo que dicen. ¡Pero, SIGUEN DICIENDO LO QUE TIENEN!”

Mientras digas lo que tiene, seguirá teniendo lo que dice. ¡Sus palabras establecen los límites de su vida! Puede tener lo que dice. ¡Y tendrá lo que dice! Es una ley espiritual que Dios estableció cuando les dio a Adán y a Eva autoridad en la tierra. La muerte y la vida están en poder de la lengua. ¡ELIGA LA VIDA! Elija sus palabras.

La Palabra de Dios es Medicina:

“Hijo mío, presta atención a mis palabras, inclina tu oído a mis razones; que no se aparten de tus ojos, guárdalas en medio de tu corazón. Porque son vida para los que las hallan, y medicina y salud para todo su cuerpo” (Proverbios 4:20-22, LBLA).

Para ayudar a brindar sanidad a su cuerpo, hemos proporcionado algunas semillas de la Palabra de Dios para confesar tres veces al día. Si es tan fiel en decir la Palabra de Dios como lo sería en tomar diariamente la medicina recetada por un médico, su fe crecerá rápidamente y vendrá la manifestación de la sanidad.

“Jesús es el Señor de mi vida. La enfermedad y la aflicción no tienen poder sobre mí. Soy perdonado y libre de pecado y culpa. Estoy muerto al pecado y vivo a la justicia de Dios” (Colosenses 1:21-22).

“Soy libre de la falta de perdón y la contienda. Perdono a otros como Cristo me ha perdonado porque el amor de Dios se derrama en mi corazón por el Espíritu Santo” (Mateo 6:12; Romanos 5:5).

“Jesús cargó mis pecados en su cuerpo sobre el madero. Por lo tanto estoy muerto al pecado y vivo para Dios, y por sus llagas soy sano y salvo” (1 Pedro 2:24; Romanos 6:11; 2 Corintios 5:21).

“Jesús llevó mi enfermedad y sufrió mi dolor. Por lo tanto no doy lugar a la enfermedad ni al dolor. Porque Dios envió Su Palabra y me sanó” (Salmos 107:20).

“Tú me has dado vida abundante. La recibo a través de Tu Palabra y esta fluye a cada órgano de mi cuerpo trayendo sanidad y salud” (Juan 10:10; Juan 6:63).

“Padre celestial, atiendo a Tus Palabras. Inclino mis oídos a tus dichos. No permitiré que partan de mis ojos. Las mantengo en medio de mi corazón porque son vida y sanidad a todo mi cuerpo” (Proverbios 4:20-22).

“Ninguna mal me acontecerá, ni ninguna plaga se acercará a mi habitación. Porque has dejado a Tus ángeles que me cuiden. Ellos me guardan en todos mis caminos. En mi senda hay vida, sanidad y salud. Dios me saciará de larga vida y me mostrará su salvación” (Salmos 91:10-11,16; Proverbios 12:28).

“Jesús llevó todas mis debilidades y cargó mis enfermedades. Por lo tanto,

rehúso a permitir que la enfermedad domine mi cuerpo. La vida de Dios fluye dentro de mi trayendo sanidad a cada célula de mi cuerpo” (Mateo 8:17; Juan 6:63).

“La Palabra de Dios dice que ‘Por sus heridas fuisteis sanados.’ Entonces, si fui sanado, soy sano ahora mismo. En el nombre de Jesús declaro que soy sano. Jesús no me va a sanar porque ya me sanó hace 2000 años cuando murió en la cruz y cargó con mis pecados y enfermedades.” (1 Pedro 2:24)

“Mi cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Ordeno que mi cuerpo libere los químicos correctos. Mi cuerpo está en equilibrio químico perfecto. Mi páncreas segrega la cantidad apropiada de insulina para la vida y la salud” (1 Corintios 6:19).

“Jesús cargó la maldición por mí. Por lo tanto, prohíbo que bultos y tumores habiten en mi cuerpo. La vida de Dios dentro de mí disuelve los bultos y los tumores, y mi fortaleza y mi salud son restaurados” (Mateo 16:19; Juan 14:13; Marcos 11:23).

“Cada órgano y tejido de mi cuerpo funcionan a la perfección en la que Dios los creó. Prohíbo cualquier mal funcionamiento en mi cuerpo en el nombre de Jesús” (Génesis 1:28,31).

“Tu Palabra se manifiesta en mi cuerpo, haciendo que los bultos desaparezcan. La artritis es cosa del pasado. Ordeno a mis huesos y articulaciones que funcionen apropiadamente en nombre de Jesús” (Marcos 11:23; Mateo 17:20).

“Artritis, ¡Debes irte! ¡Las enfermedades deben huir! Los tumores no pueden existir en mí, porque el Espíritu de Dios está sobre mí y la Palabra de Dios está dentro de mí. Resisto la enfermedad, el temor, y la depresión en el nombre de Jesús y huyen de mí. No tienen poder sobre mí. Declaro que soy libre en el nombre de Jesús” (Marcos 11:23; Santiago 4:7).

“Gracias Padre, porque tengo un corazón fuerte. Mi corazón late el ritmo de la vida. Mi sangre fluye a cada célula de mi cuerpo restaurando la vida y la salud abundantemente” (Proverbios 12:14; 14:30).

“En el nombre de Jesús, mis arterias no se encogerán ni se obstruirán. Mis arterias están limpias, flexibles, y funcionando como Dios las creó” (Lucas 17:6; Marcos 11:23; Isaías 55:11; Santiago 3:2-5)’

“Declaro que tengo la mente de Cristo. Por lo tanto, declaro que cada sinapsis, nervio, y célula de mi cerebro funcionan perfectamente. Debido a que

tengo la mente de Cristo, soy libre de la enfermedad del Alzheimer y la demencia para todos los días de mi vida” (1 Corintios 2:16).

Oración y Confesión de Sanidad:

“Padre, tú has dicho en Juan 10: 10 que el diablo es quién roba, mata y destruye. Pero, Jesús vino a darme vida y vida en abundancia. También has dicho en tu Palabra en Isaías 53:4-5 que Jesús fue herido por mis transgresiones, molido por mis iniquidades; el castigo por mis pecados cayó sobre Él, y por las llagas de Jesús he sido sanado. Por lo tanto, vengo a ti, sabiendo que, de acuerdo a tu Palabra, es tu voluntad que yo reciba mi sanidad.

Tu Palabra también dice en Marcos 11:24 que todas las cosas que pida en oración, crea que ya las he recibido en el momento que ore. Entonces, en este momento, recibo mi sanidad por fe. ¡Yo ato toda enfermedad satánica y obra demoniaca en mi cuerpo y les ordenó salir en el nombre de Jesús! Mi cuerpo es el templo del Señor. Mi cuerpo es propiedad privada y le pertenece a Dios (1 Corintios 6:19-20). Así que, Satanás, no tienes autoridad para traspasar la propiedad de Dios. Enfermedad y dolor, me niego a que permanezcan en mí.

1 Pedro 2:24 declara que por sus llagas he sido sanado. Y si fui sanado, entonces declaro que soy sano ahora en el nombre de Jesús. Declaro por fe que cada célula y cada órgano en mi cuerpo funcionan perfectamente. No seré movido por lo que veo o siento. Sólo seré movido por la palabra de Dios, y la Palabras de Dios dice que estoy bien.

Padre, tú nos enseñas en tu Palabra que nos **"regocijemos en el Señor en todo,"** y que **"sean dadas a conocer nuestras peticiones delante de Dios mediante oración y súplica con acción de gracias" (Filipenses 4:4-6).** Así que yo me regocijo en tu amor y tu provisión para mí. Gracias por perdonarme de todos mis pecados, gracias por sanarme de toda enfermedad. Por Jesucristo, la sanidad es mía ahora. Gracias por concederme vida en abundancia a través de Cristo Jesús, mi Señor y Salvador. ¡Amén!"

¿Has hecho Jesucristo el Señor de tu vida?

“Que, si confieras con tu boca a Jesús por Señor, y crees en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo; porque con el corazón se cree para justicia, y con la boca se confiesa para salvación” (Rom. 10:9-10).

Asistir a una iglesia no nos libra del pecado. Nos convertimos en hijos de Dios cuando confesamos con nuestra boca que Jesús es el Señor de nuestra vida. La Palabra de Dios dice que cuando permitimos que Jesús sea nuestro Señor y dueño, y quien controla nuestra vida, entonces Él nos perdona y nos da Su vida. Él cambia nuestro viejo espíritu de egoísmo por un nuevo espíritu hecho a Su semejanza.

Así como dice en 2 Corintios 5:17, **“De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas”**

Si nunca ha hecho a Jesús el Señor de su vida, ¡puede hacerlo ahora! Sólo pídale a Jesús que entre en su corazón y que tome control de su vida. Pídale que le perdone todo pecado. ¡Se convertirá en una persona diferente con un nuevo futuro!